

LA OTRA CARA

En reconocimiento a la tenacidad de las personas con trastornos motóricos.

Caminas con la mirada fija en el asfalto,
como si la vida dependiera a cada instante
de la complejidad del trazado de tus pasos,
y esa medio sonrisa, compañera de viaje,
que, de repente, asciende, triunfal, hasta tus labios.

La palabra continúa habitando confusa
en los laberintos imposibles de tu tráquea
y extrañas danzas primitivas bailan tus dedos
sobre la superficie y contorno de las cosas.

Jinete galáctico, desde el Big Bang supiste
que la fragilidad del cuerpo no se combate
con cápsulas de aislamiento o llantos siderales
sino con dura voluntad forjada en acero,
tan envidiada por las cigüeñas, cuando otean,
absortas, tu figura desde los campanarios.

De madrugada, hace unos días, Stephen Hawking,
mientras las mujeres y los ancianos sembraban
dignidad y algo de esperanza por las aceras,
roció su silla eléctrica con polvo de estrellas
y, satisfecho, a la velocidad de la luz,
partió rumbo a sus célebres agujeros negros,
un eclipse ocultó la otra cara de la luna.